

centralista y conservador y los nacionalismos periféricos de corte independentista que también surgen en el seno del regeneracionismo. No obstante, su insistencia e interés en una movilización de signo nacional dotó de tal maleabilidad su discurso que, tras su muerte, llegó a ser recuperado y reivindicado por las opciones conservadoras y autoritarias que buscaban nuevas formas de organización social de masas. Posiblemente otra muestra de las incomprensiones y dificultades doctrinales y políticas que suscitó Costa. Otra muestra de los diversos usos y perfiles de un autor que parece encontrar acomodo en la encrucijada entre el político y el intelectual, la tradición y el cambio, la democracia y la tutela, el conservadurismo y el progresismo. Debates todos ellos, tan cercanos a la actualidad, que necesitan de las aportaciones y nuevas líneas de investigación abiertas por los estudios costistas.

Óscar Bascuñán Añover

Universidad de Castilla-La Mancha

FRANCISCO COBO ROMERO: *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939*; Granada, Universidad de Granada, 2012, 453 págs.

Historia: según la definición de la Real Academia Española es la «narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados». Pero ¿quién decide —se preguntaba John Lukacs en *El futuro de la Historia*— lo que es digno de recuerdo y quién le dice a los demás lo que merece olvidarse? ¿El historiador, que es quien escribe historia? ¿Y si al reconstruir el pasado castigamos con el olvido a personas o a colectivos que, como consecuencia de una época o modas historiográficas, nos resultan de un escaso interés y, sin embargo, con el paso del tiempo y la caída de las imposturas, acabamos viendo con sorpresa cómo los condenados al ostracismo llaman con fuerza a la puerta de la Historia para reclamar el sitio que les corresponde? Desde luego, lo que nos plantea el viejo maestro norteamericano de origen húngaro no es asunto baladí y por eso puede afirmarse que nuestro conocimiento del pasado está determinado por el cómo la historiografía ha afrontado y sigue afrontando estas cuestiones. La historia del fascismo ha sido un buen ejemplo de esto a lo largo de buena parte del siglo xx.

Durante demasiadas décadas los fascismos europeos fueron, para los historiadores marxistas, un invento del capital, el último recurso de una burguesía desesperada que recurrió a las legiones de jóvenes violentos con el solo fin de defender unos privilegios seriamente amenazados por el ascenso del movimiento obrero. En estos esquemas de análisis cerrados era imposible que se contemplase siquiera la posibilidad de que en aquellas organizaciones hubieran militado otros individuos que no fueran los egoístas capitalistas de la ciudad,

fundamentalmente porque en el cuadro cerrado de análisis de aquella escuela nunca hubo un lugar reservado para el concurso *voluntario* de otras gentes. Consecuentemente, las dictaduras fascistas fueron presentadas como regímenes impuestos por minorías violentas contra el común de una población, mayoritaria y sufridora, que apenas había tenido otra posibilidad que la de soportar calladamente el padecimiento infligido. Evidentemente, cuantos recogieron dichas tesis en sus libros pasaron a engrosar la lista de autores que, con sus deficiencias metodológicas, conceptuales y necesitadas de matices, contribuyeron a oscurecer la interpretación de lo que en su día fueron el fascismo y los fascistas. Afortunadamente, los historiadores que hoy siguen dichas tesis forman parte de una minoría irrelevante en el conjunto de una historiografía que, en los últimos tiempos, ha sometido el pasado fascista a una concienzuda revisión, gracias a la cual la imagen que hoy tenemos de los fascistas es mucho más rica, plural, compleja y, con ello, más cercana a la realidad histórica. El libro que reseñamos se enmarca en esta corriente renovadora.

En una reseña de estas características es evidente que no podemos establecer un balance historiográfico sobre los estudios que se han ocupado del pasado fascista en España. No obstante, es indispensable citar, siquiera de pasada, los nombres de quienes más y mejor han contribuido al avance de nuestra historiografía. Porque sin las aportaciones de Payne, Jiménez Campo, Ellwood, Chueca, Gil Pecharrmán, Joan María Thomàs, Ferrán Gallego, González Cuevas, Saz o Rodríguez Jiménez entre otros, sin el rastreo y consulta de fuentes que hicieron algunos de ellos en unos momentos en los que adentrarse en los archivos era casi una odisea nuestro conocimiento hoy no estaría a la par de la historiografía internacional; pero, sobre todo, porque sin estas investigaciones nos sería imposible valorar la calidad y novedad de los estudios que han ido apareciendo en la última década. Así, a finales de los años 90 y luego durante la primera década del nuevo siglo, una nueva hornada de historiadores continuaron ampliando nuestro conocimiento gracias a las nuevas preguntas que trajeron consigo. Lazo con su pequeño pero innovador estudio sobre el fascismo rural sevillano o, entre otros muchos también, Francisco Cobo, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada y autor de la obra que nos ocupa, con su interés por el papel que desempeñaron los sectores rurales en el ascenso del fascismo en las comarcas agrarias de nuestro país, vinieron a señalar el hecho de que, aun siendo mucho lo que sabíamos ya sobre el pasado fascista español, todavía merecía la pena seguir indagando sobre él puesto que en la fotografía de grupo faltaban otros protagonistas hasta entonces no visibles en la misma. O dicho de otra forma. En España, cuando de la alta política pasábamos al terreno de lo concreto, a preguntarnos, por ejemplo, cómo se vivió en el mundo rural el ascenso del fascismo o, simplemente, cuando queríamos saber quiénes fueron nuestros fascistas domésticos apenas teníamos a fines de los años 90 unas cuantas páginas a nuestra disposición. En los siguientes diez años nuestro conocimiento, como decíamos, fue avanzando

cuantitativa y cualitativamente. Una trayectoria ascendente en la que se inserta el libro que nos ocupa. Entre otros muchos aspectos valorables se propone al lector un estudio comparado en el que se analiza la evolución del agro en cuatro países fundamentales como son Alemania, Francia, Italia y España; algo de gran valor si tenemos en cuenta que en la historiografía española no suelen abundar este tipo de obras de historia comparada. Así, recurriendo a una muy trabajada y completa consulta de fuentes, así como a una detalladísima labor de consulta bibliográfica, *¿Fascismo o democracia?* se inicia con un primer capítulo en el que se aborda con detalle la evolución de la agricultura y la economía capitalista en el mundo rural de la Europa occidental, seguida de cuatro capítulos en los que Cobo Romero se ocupa de los cambios habidos en las estructuras económicas y sociales de estas cuatro naciones, para de esta forma establecer un análisis y una reflexión acerca de los complejos procesos de politización que experimentó el campesinado durante un periodo tan crucial como el del surgimiento de la política de masas.

De especial interés es la imagen de conjunto que, del mundo rural, realiza Cobo Romero, mostrando al lector el modo en el que las familias campesinas comenzaron a introducirse en el competitivo mundo de la economía de mercado, cómo empezaron a preocuparse por aumentar el rendimiento de sus explotaciones, ya fuera a través de nuevas técnicas o bien con la introducción de los primeros ingenios mecánicos destinados a la intensificación de los rendimientos agrarios, a la par que comenzaban a actuar en política sabedores de que su mundo ya no podría quedar circunscrito al ámbito de sus comarcas tradicionales. Cobo Romero muestra con acierto cómo los campesinos comprenden la necesidad de forjar alianzas políticas, grupos de presión con los que poder encarar los nuevos retos, fueran estos procesos expansivos, periodos de crisis o, sencillamente, las nuevas realidades que trajeron consigo las reivindicaciones obreras. Por eso fue cuestión de poco tiempo que los pequeños agricultores comprendieran que el mundo en el que hasta entonces habían vivido era completamente diferente al que habían conocido sus antepasados; sensación que se intensificó tras la finalización de la Gran Guerra, cuando la radicalización de las posturas políticas abrió una nueva etapa en la historia social, económica y política del continente.

A un contexto social y político cada vez más polarizado, se unió la llegada de una nueva e intensa crisis agraria. Con un panorama cada vez más irrespirable y con el firme ánimo de hacer frente a los desafíos revolucionarios comenzaron a difundirse todo tipo de propuestas corporativistas, autoritarias o fascistas, ante las que el campesinado no fue inmune, sobre todo en aquellos lugares en los que las organizaciones obreras tuvieron la suficiente capacidad de presión y consecución de sus objetivos de clase. En las comarcas en las que los campesinos se sintieron asediados por la presión de los jornaleros, amenazados por los odios de clase y las propuestas revolucionarias de anarquistas, socialistas o comunistas acabó generándose entre los campesinos un senti-

miento generalizado de rechazo contra aquellos jornaleros, pero también contra una democracia supuestamente incapaz de moderar los usos políticos. Una huida hacia posiciones antiliberales de una clase social, como bien refleja Cobo Romero, que, aun habiendo progresado con respecto a épocas pasadas, nada tenía que ver en sus condiciones de vida con las que disfrutaban los grandes hacendados y propietarios; gentes humildes las más de las veces y que, sin embargo, como consecuencia del error táctico cometido por las organizaciones obreras, se vieron inmersas en la órbita de un mundo al que, objetivamente, nunca deberían haberse adscrito. Fue entonces, en el trascurso del fin de la convivencia pacífica, la crisis económica, la exacerbación de los ánimos cuando hicieron acto de presencia los fascismos; unas organizaciones nuevas y revolucionarias —utilizando aquí el significado que da François Furet al término revolucionario cuando describe a los fascismos— capaces de captar amplios apoyos en el mundo rural.

Sostiene Cobo Romero, en el último párrafo de la obra que nos ocupa, cómo «de acuerdo con los planteamientos precedentes, la guerra civil española debería ser entendida como el fenómeno culminante de un largo proceso de fragmentación social inducido por la modernización económica y la profundización del capitalismo en los diferentes sectores de la actividad productiva. Las graves fracturas y las consiguientes tensiones sociales que acompañaron al fortalecimiento de las organizaciones políticas y sindicales de izquierda, y su irrupción en el escenario de las luchas electorales y políticas en torno al Estado, estuvieron acompañadas de la creciente capacidad de movilización desarrollada entre amplios sectores populares, y de manera especial por los jornaleros de las regiones agrícolas del mediodía y el levante peninsular», hasta el punto —continúa Cobo Romero— de que «la intensidad alcanzada por la conflictividad social agraria llegó incluso a amenazar seriamente, a la altura de los años treinta y coincidiendo con el régimen de la II República, las tradicionales posiciones dominantes ocupadas por la gran patronal y la burguesía terrateniente». Entre las 450 páginas del libro que reseñamos es posible que el lector aprecie en ocasiones un excesivo apego a los análisis y conclusiones de tipo estructuralista como los que acabamos de citar; los cuales, sin embargo, no restan un ápice de interés y valía a la obra de Cobo Romero pues el conjunto de la misma ha sido concebido con la suficiente pluralidad de contenidos, datos, estadísticas, ciertos retratos como para que el lector, sobre la base de dicha obra, pueda complementar los análisis que aporta el autor con conclusiones propias derivadas de la lectura del mismo; que es, en definitiva, lo que todo interesado en el pasado espera de un buen libro de historia.

Hoy ya no es ningún secreto, como bien apunta Cobo, el hecho de que las organizaciones fascistas contaron con el concurso de amplísimas capas de la población europea, en buena medida debido a que supieron presentarse no solo como la última oportunidad de salvación que pasaba junto a ellos, sino también como unas organizaciones capaces de aportar a cada estrato social la

receta para el fin de sus problemas sin que por ello dichas soluciones y partidos fascistas fueran percibidos como algo contradictorio. Fue el ideal de *Comunidad Nacional* propio de todo fascismo, presente en el nacionalsocialismo y también en la Falange Española. Por eso pensamos que una mayor atención a la dinámica histórica del fascismo hispano, al cómo fue su arraigo y su ascenso en las comunidades rurales, tal vez habría aportado al último capítulo una mayor perspectiva con la que añadir nuevas reflexiones a las ya existentes en esta obra. Entre otras cosas porque puede suceder que la conclusión que extraiga el lector acerca del ascenso del fascismo en España venga determinada únicamente por unos condicionantes de tipo estructuralistas, en función de los cuales las filas de la Falange se habrían nutrido únicamente con la llegada de aquellos individuos proclives a las amenazas de clase. Lo cual puede ser cierto en muchos casos, como también el hecho de que las tensiones políticas que recorrieron el campo español llevaron igualmente a las filas del falangismo a otras capas de la sociedad rural que, por sus números y porcentajes, merecen nuestra atención. Durante la Segunda República la «Ley de Fronteras» impidió a muchos jornaleros el tradicional desplazamiento a otras comarcas para trabajar, condenándolos a la miseria, de la misma manera que durante el lustro republicano muchos de aquellos trabajadores tuvieron que afiliarse, *casi obligatoriamente*, al sindicato dominante en sus pueblos si querían encontrar trabajo. Llegada la primavera del 36 y los primeros compases de la Guerra Civil muchos de aquellos jornaleros y otros que nunca antes habían militado en partido o sindicato alguno acabarían inscribiéndose *voluntariamente* y casi atropelladamente en las filas de Falange. O dicho de otra forma: es muy posible que entre los enemigos de la democracia republicana se encontraran muchos individuos contrarios a perder «las tradicionales posiciones dominantes ocupadas por la gran patronal y la burguesía terrateniente» aunque también podemos entrever cómo muchos de aquellos jornaleros y pequeños agricultores que se incorporaron a las organizaciones antidemocráticas lo hicieron como reacción ante las políticas de exclusión, los sectarismos de clase, la primacía de los intereses sindicales, el fin del pactismo y frente al dominio interesado de las instituciones y órganos de arbitraje que tanto enrarecieron la vida en las comarcas rurales de España.

Desde luego, no podemos afirmar que fueran todos los jornaleros o campesinos los que tomaron la decisión de pasar a las filas del fascismo, pero sí un porcentaje lo suficientemente importante de ambos grupos sociales como para seguir buscando nuevos porqués a una tragedia que no estuvo escrita de antemano. Tal vez se habría necesitado, como bien citaba Cobo Romero en otro pasaje de su libro, que en España hubiera existido una alianza entre el campesinado y partidos del «centro liberal-burgués comprometidos con la preservación del parlamentarismo» porque, como explica Cobo en la página 391, todo dependió de eso: de llegar a pactos, a alianzas con las fuerzas comprometidas con la defensa de la democracia o dejarse arrastrar por «aquellos otros que aspiraban a la edificación de un nuevo orden ultranacionalista, palingenésico, totalitario,

fascista» o, añadimos nosotros, en el que reinara la revolución social en sus distintas versiones. Fueron tiempos en los que hubo que elegir entre contarse en las filas de la democracia o pasar al bando de los enemigos de esta.

Como podrá apreciarse, finalmente, *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939* es una obra lo suficientemente interesante, plural, detallada y bien concebida como para merecer no solo una reseña en una revista de altura sino la recomendación de su lectura. Un libro de densa y compleja factura con el que el lector, sin duda, se adentrará con garantías en un periodo clave de nuestra historia reciente.

José Antonio Parejo Fernández

Universidad de Sevilla

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República 1931-1936*; Alianza, Madrid, 2012, 444 págs.

Profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid, Eduardo González Calleja es uno de los historiadores más prolíficos de la actual historiografía española. Sus investigaciones no se han centrado en un único tema, sino que han versado sobre multitud de aspectos de la historia contemporánea de España y de la Europa de entreguerras. Entre sus numerosas obras, podemos destacar *La Hispanidad como instrumento de combate* (junto a Fredes Limón Nevado), *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las guardias cívicas* (junto a Fernando del Rey Reguillo), *La razón de la fuerza, El máuser y el sufragio, La España de Primo de Rivera, Rebelión en las aulas, El laboratorio del miedo*, etc. Ha colaborado en numerosas obras colectivas, entre las que cabe señalar *Palabras como puños*, bajo la dirección de Fernando del Rey Reguillo; y *En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el Franquismo*, coordinada por Ángel Viñas.

Fruto de la reelaboración de una tesis doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1989, *Contrarrevolucionarios* es un estudio sobre el carácter de la violencia ejercida y teorizada por los distintos grupos de la derecha a lo largo de la II República. Como dice el autor: «La historia de las derechas antirrepublicanas durante los años treinta, incluso más allá de la fecha emblemática del 18 de julio de 1936, se podía resumir en la conflictiva elaboración y plasmación de ese proyecto contrarrevolucionario dirigido contra la *esencia reformista* del régimen republicano». Al mismo tiempo, intenta dar una explicación de «las razones por las que las distintas derechas fueron incapaces de alcanzar una sintonía contrarrevolucionaria permanente hasta el punto de que solo aplazaron sus diferencias estratégicas cuando se vieron en la obligación de plegarse a los proyectos involucionistas diseñados por el Ejército».